

LA DESTRUCTIVIDAD, apuntes para el diálogo.

Stella Maris Figueroa
Argentina-México
figueroastella2@yahoo.com

Hace poco tiempo, una persona a la que respeto por su modo de pensar y su accionar me invita a conversar sobre la paz. Así fue que, sólo ella y yo con un cafecito de por medio, me espetó: qué piensas de la paz, qué es para ti la paz.

En un primer momento fue el alivio. Uf! no se trata de una exposición pública. No tengo que medir lo que digo para tomar en cuenta la diversidad de interlocutores; no tengo que organizar mi discurso para que sea clara mi posición ante el tema.

Mientras avanzaba la conversación, ya con chelas y botanitas, ya con comentarios laterales, ya con chistes y anécdotas, avanzaba también en mí el compromiso subjetivo con las situaciones de guerra, una sensación creciente de que no estábamos solas. Tenían cada vez más presencia la gente de Chiapas que conozco, una mujer de la India con la que hablé en una calle de Oaxaca, las voces de salvadoreños, italianos, costarricenses, kurdas, argentinos, uruguayos, con los que también nos hablamos en pasillos de foros, o buscando un árbol donde apagar el fuego del sol del trópico.

Me encontré tratando de medir no ya lo que digo sino lo que pienso, queriendo organizar mi discurso para aclarar mi pensamiento. Me guiaba y me guía la necesidad del diálogo con esas voces que siempre espero volver a encontrar en un recodo de nuestros caminos.

Y así es que en esta ocasión quisiera abrir el diálogo sobre la violencia en el contexto de los pueblos del Sur, particularmente de América Latina, que es donde vivo, donde trabajo y donde tengo mis sueños más apremiantes.

Es una cuestión que me ocupa y me preocupa. Confío en que los saberes que usamos para nuestros trabajos puedan también propiciar la plática con otras experiencias.

Por mi parte me propongo señalar diferencias entre los conceptos de Agresividad, Pulsión de Muerte y Violencia; así como las posibilidades de transformación de los fenómenos a ellos asociados.

También me interesa mostrar la proximidad entre la práctica de la transmutación del impulso instintivo en representación psíquica y la práctica de la traducción intercultural.

Pulsión de Muerte – Agresividad – Violencia

La pulsión de vida o Eros tiende a constituir unidades cada vez más complejas y a mantenerlas. Incluye las pulsiones sexuales y las de autoconservación.

La *pulsión de muerte* es la tendencia de lo orgánico a reconstituir un estado anterior, a reducir a cero las tensiones que lo empujaron a operar transformaciones en sus condiciones vitales. Dichas transformaciones, en tanto alteraciones del equilibrio de un organismo, muestran la evolución filogenética como un campo de tensión entre la conservación y la recreación de la vida, por un lado, y el retorno a lo inanimado, es decir, la muerte.

En el humano lo pulsional ya no opera al desnudo, como campo de energías opuestas. Hay una mediación entre Eros y Thánatos. El universo simbólico en el que somos engendrados no sólo permite sino que obliga a inscribir estos movimientos energéticos en el plano de la representación de palabra. La traducción de lo somático a lo psíquico permite ligar a las pulsiones vitales cargas de energía que, de quedar libres, nos dejarían expuestos a la pulsión de muerte. Ella actúa originariamente hacia el interior y tiende a la destrucción.

La condición de indefensión primaria no le permite al humano contar con un esquema instintivo, que establezca sus ciclos prefijados para vivir y para morir. Se hace necesario entonces, desarrollar vías de descarga parcial de la pulsión de muerte, para que de este modo se impongan barreras a la descarga total de la pulsión sobre el propio cuerpo.

La *agresividad* es justamente la manifestación de la pulsión de muerte dirigida hacia el exterior.

El impulso agresivo se presenta inicialmente por medio de la musculatura y atiende a la necesidad de dominio del propio cuerpo. Enlazado a la pulsión sexual encontrará su destino en el sadomasoquismo. La forma específica de la agresividad sádica es la causar dolor y por tanto se hace visible ya su fin destructivo contra otro, aún cuando ese otro sea el propio cuerpo.

Si bien la agresividad, en su aspecto radical, es una fuerza desorganizadora, su ligazón con la pulsión de vida da lugar a nuevas transformaciones asociadas al terreno de la actividad, diferenciadas de los fines destructivos.

Se trata de transformaciones de las pulsiones egoístas en pulsiones sociales, mediante el amor como promesa de satisfacción.

El sometimiento de los impulsos que imponen las reglas civilizatorias genera reacciones, a veces extraordinariamente crueles consigo mismo y con los otros. En estos casos no podemos hablar propiamente de transformaciones sino de la actuación permanente de represiones, cuyo costo es el empobrecimiento de capacidades y funciones psíquicas.

Sólo el cambio de satisfacción produce en el sujeto esa transición que va de la renuncia a la agresividad a la realización amorosa.

Las pulsiones más primitivas no desaparecen sino que coexisten con estadios más complejos por lo que la regresión de la vida anímica siempre es posible. Sin embargo, los cambios efectivamente realizados tanto en la organización yoica como en el plano pulsional sitúan el movimiento regresivo en un nuevo escenario. Los nuevos obstáculos para la regresión piden caminos alternativos, soluciones cualitativamente nuevas a los conflictos entre vida y muerte.

Hasta aquí examinamos algunos aspectos de la realidad psíquica pero, hay que decirlo, el inconciente no mata.

La *violencia* señala hechos destructores desde el daño moral o corporal hasta el asesinato y la guerra. Sería imposible desvincular la violencia de la pulsión de muerte, Pero se trata no ya de un impulso inconciente sino de un acto de forzamiento sobre otro. Están implicados en este acto derechos y obligaciones entre las personas; leyes básicas que definen lo que es humano y lo que no lo es; instituciones sociales y del Estado; las diferencias en las condiciones de existencia de los pueblos; una ética frente a la vida y la muerte.

Los grupos humanos se sitúan frente a la violencia diversamente, según sus determinaciones geopolíticas, históricas, económicas y culturales. Desde las líneas de poder que los atraviesan hacen sus acuerdos para el control de la violencia. Mediante sus propios resortes culturales inscriben esos acuerdos en los ámbitos tantos simbólicos como de sus prácticas cotidianas, especialmente en el orden de lo moral. Lo que a menudo queda invisible para los propios actores sociales son las condiciones del acuerdo.

Quién, porqué y para qué se realizaron los acuerdos iniciales, son las líneas de fractura por donde la violencia vuelve a ser la forma de relacionamiento social, ahora bajo la forma del control.

El acuerdo, que es siempre un deponer armas, requiere una distribución equitativa del poder de entre los actores sociales, condición ésta que permite asumir la

responsabilidad de los propios actos, en la red siempre compleja de las relaciones con los otros y con el ambiente.

Ligazón – Interpretación

La relación entre lo somático y lo psíquico no es de paralelismo ni de causalidad. Son dos campos absolutamente heterogéneos que guardan sin embargo una relación de necesidad.

En el aspecto somático se diría que los humanos somos animales incompletos. El aparato instintivo, que podría regular nuestra vida con sus ciclos preformados, no nos asiste. Nuestros organismos tienen cierta autonomía de funcionamiento pero están sujetos a demasiadas contingencias. Lo psíquico, por su parte, sujeto a la lógica de lo simbólico, se aviene a sus leyes preestablecidas del código del lenguaje pero para producir sentido. Y el sentido es siempre lo abierto de un acontecimiento.

La ligazón es una operación que liga estos dos campos mediante un representante psíquico de la pulsión, que limita el libre flujo de las excitaciones internas, que une las representaciones entre sí, que tiende a establecer formas estables.

Justamente la técnica de la interpretación no es la libre interpretación de un texto, sino que se apoya en la necesidad de ligazón de la pulsión como condición del encuentro del sujeto con su propio deseo.

Traducción

Las luchas de los pueblos originarios de América Latina vienen interpelando a los pensadores de este continente. Hace ya un tiempo ellos respondieron con la Interculturalidad como concepción filosófica-política y como práctica.

Los nombres de Raúl Fornet-Betancourt, Ariruma Kowii, Walter Mignolo, Freya Schiwy, Aníbal Quijano o Dina Picotti son sólo algunas de las muchas referencias con las que hoy contamos.

Por otro lado los movimientos feministas a través de las voces de Corinne Kumar, Sylvia Marcos, Obioma Nnaemeka o Shu-mei Shih han concentrado su atención en los encuentros transculturales. Ellas observan, autocráticamente, cómo la visión occidental etnocentrada anula la diferencia de culturas e impide el encuentro.

Tanto la interculturalidad como los feminismos transculturales plantean la necesidad de traducción.

Comencemos por una primera traducción, la que se realizó en 1975, en la reunión del Consejo Mundial de Pueblos Indios. Allí, nuestro continente fue proclamado Abya Yala, nombre kuna que significa “tierra en plena madurez”.

La historia colonial de Abya Yala significó para nuestros pueblos la destrucción de vidas y culturas por parte de Europa y más tarde por Estados Unidos, con el fin de consolidar el poder económico y político mundial.

A la vez, la cultura de occidente edificada sobre el racismo y el patriarcalismo, se constituyó en el centro hegemónico del ser y del saber.

Por eso colonialidad es el término que nombra los modos de operar del capitalismo imperial moderno, no ya como coyuntura sino en forma permanente en los últimos 500 años, no ya en la forma de guerras sino en la “paz”.

No sé si es necesario aclarar que sí hay guerras, genocidio y desplazamientos forzados de poblaciones.

El problema es que en la “paz”, Occidente autoconcebida como cultura universal no puede existir sin la destrucción de las otras culturas.

Aún así las culturas en Abya Yala han resistido y de modos muy peculiares. Los signos del dominio de Occidente invaden las subjetividades del colonizado rompiendo tejidos simbólicos, pero a su vez dichos signos son convertidos a la dimensión interna

según los principio propios de cada cultura. Hay obediencia pero no sumisión. Son culturas vivas y activas.

La interculturalidad no se ocupa de las “otras” culturas para rescatarlas del pasado. Se trata de una posición que promueve modos de pensar y hacer contextuales que, por la conciencia de sus propios límites, se abren al diálogo entre ellos.

Como se sabe no basta hablar para que haya diálogo. Justo allí se necesaria la traducción.

Implica considerar los diversos idiomas de Abya Yala, pero no solamente. La tierra y la historia a la que pertenecemos significa un modo de vida desde el cual pensamos y actuamos. En un sentido todos hablamos en lengua aunque, en muchos casos, el idioma sea compartido.

Por sobre todo la traducción es un recordatorio de los límites del propio contexto y de la posibilidad de cruzarlos mediante el reconocimiento efectivo de la alteridad y la recreación del sentido de la vida, abriendo así el camino de la co-pertenencia.

Proximidades

La práctica de la interpretación posibilita transformaciones o traducciones que señalo esquemáticamente:

- De la pulsión de muerte a la agresividad.
- De la agresividad a la potencia de respuesta.
- De la violencia a la responsabilidad por el propio acto.

A su vez la traducción, que se enmarca en la práctica de la descolonialidad, quiere incidir en las intersubjetividades. La destructividad imperial crea condenados de la tierra. Crea también, entre ellos, a los intermediarios del poder, condenados también a esa tierra de nadie de la “paz” imperial. La traducción quiere transformar esa agresividad, que el condenado libera contra su igual, en potencia de respuesta contra la opresión, en energía para la construcción de las autonomías territoriales, para la constitución de sujetos de sus propias praxis.

Por último, Fanon acuña el término “desorientadores” para designar a los profesionistas que prestan sus servicios de carácter social, moral o científico. Es el sector intermediario entre el poder y los explotados dentro del sistema capitalista. Las prácticas psicológicas y sociales desde su nacimiento tienen destinado ese lugar en el sistema.

Si no queremos hacer cuerpo con el orden establecido, si la libertad nos resulta un bien irrenunciable, tenemos que cambiar de cuerpo. Tenemos una tarea de doble vía: trabajar en las transformaciones con los otros y ser desorientadores de la desorientación.

“La vida, futuro de nuestros pueblos se encuentra enraizada en nuestra palabra”, dicen las yayas o ancianas kichwas.

Stella Maris Figueroa, otoño de 2008, Chiapas.